

SOBRE MENENDEZ Y PELAYO, BORGES Y LA SUPERCHERIA

Introducción

Entre diversos ejemplos que caben dentro del tipo de las falsificaciones literarias (particularmente, obras o autores simulados) me parece digno de analizarse un caso que identificamos con el nombre nada sospechoso de Marcelino Menéndez y Pelayo, de fama reconocida por su mucho saber en cuestiones bibliográficas, y autor de una obra que, si no cuenta hoy con la difusión que tuvo en su tiempo, no por eso ha sido olvidado ni mucho menos. Por el contrario, tiene un crédito suficiente para que, más allá del paso de los años, de los cambios de métodos, de los avances de la erudición y la crítica, aún siga mereciendo el aprecio de multitud de lectores. Por descontado, de estudiosos en su mayor parte¹.

Sobre esta base, y aunque don Marcelino no sea el autor más indicado para descubrir en sus textos deslices y supercherías, me animo a presentar su nombre a través de un ejemplo que, creo, lo tiene a él de protagonista. Además —y esto puede servir de realce— se trata de un caso que tiene que ver con un apólogo medieval harto conocido, que, como no podía ser menos, pasó por la mirada escudriñadora del polígrafo santanderino y expuso al sabio —sospecho— al deslíz que narraré.

¹ Como una especie de ley general, la fama de don Marcelino (como después la de Menéndez Pidal) no le impidió contar con enemigos y detractores. Aunque tales nubes poco significan frente a la infinidad de admiradores que tuvo (leyeran o no sus obras). Como dato pintoresco (aunque en buena medida previsible) vale el recuerdo de los reparos de Pío Baroja. Por otra parte, actitud bastante frecuente en Don Pío, ya sea en relación a escritores y no escritores. Así, leemos en un libro de Baroja, de 1920:

Un erudito me decía no hace mucho que había comprobado que Menéndez y Pelayo hablaba de libros que no había leído, aprovechándose de resúmenes y noticias, sobre todo alemanes. (*Las horas solitarias*, Madrid, 1920, p. 238).

En principio, aclaro que, como suele ocurrir con diversos textos de esta galería, es difícil alcanzar una solución incontrovertible. Con todo, creo que los elementos que apporto me llevan a tomar partido por una sospecha fundada. Y, por otra parte, el hecho de que estos párrafos incluyan el insospechado nombre de don Marcelino Menéndez y Pelayo da al problema un sentido especial que no tendría igual dimensión en otros críticos de las letras españolas.

El apólogo de Don Illán

Si sobre *El Conde Lucanor* existe ya una abundantísima bibliografía, con mayor razón podemos decir que tanto o más crecida es la que existe sobre el cuento de *Don Illán*, reconocido desde temprano como la joya de la colección de apólogos. Los motivos que respaldan esta preferencia no constituyen ningún misterio: desarrollo, personajes, planos, simbolismo y alegoría, "arte de contar", etc. son harto elocuentes. Asimismo, más limitadamente, el reflejo de mundos y circunstancias locales, entre otros, contribuyen también a la singularización de este difundido relato.

De más está decir que no pretendo escribir un nuevo estudio general sobre *Don Illán*. Solamente me ocuparé de un problema limitado que, aun dentro de esta dimensión, ha hecho gastar mucha tinta. En fin, como se verá, mis párrafos aspiran a presentar un episodio que toca lo pintoresco y ficticio, y no ciertamente el rigor del minucioso análisis crítico. O, si queremos, una de las mil acechanzas a que se ve expuesto el investigador literario, aunque ese investigador se llame Menéndez y Pelayo. Y basta ya de preámbulos...

Concretamente, diré que Menéndez y Pelayo fue el que señaló por primera vez, en su importante obra sobre los *Orígenes de la novela* (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 1, Madrid, 1905, pág. LXXXVII) que la fuente de *Don Illán* estaba en una colección de cuentos árabes titulada *Las cuarenta mañanas y las cuarenta noches*. Como precedente dentro de su bibliografía, diré que en su juvenil *Historia de los heterodoxos españoles* (1ª ed., tres tomos, Madrid, 1880-1882) hablaba del "bellísimo cuento de D. Illán y del Deán de Santiago", pero referido a la ciudad de Toledo y su fama como centro de la nigromancia. El

texto que utiliza es el de la Biblioteca de Autores Españoles, si bien nada nos decía de las fuentes del apólogo².

Es cierto también que años antes de los *Orígenes de la novela*, el filólogo alemán Hermann Knust estaba preparando una edición de *El Conde Lucanor*. La muerte de Knust, en 1889, le impidió darle fin. Sin embargo, los materiales que él había reunido fueron publicados, con las aclaraciones pertinentes, en Leipzig (1900).

Es importante indicar estos dos nombres (Knust y Menéndez y Pelayo, en este orden cronológico) no sólo como jalones básicos en la bibliografía de *El Conde Lucanor*, sino también como datos ineludibles dentro del tema que nos interesa. Y para completar mejor las noticias, es bueno saber que Knust no menciona para nada la colección árabe, y sí, algunas fuentes menos precisas, a través de varios textos latinos vinculados a la tradición de los frailes dominicos (Johan Hérolt, Vicente de Beauvais, J. Gobi, J. Bromyard, y otros).

Como vemos, en los pocos años que median entre las investigaciones y la edición de Knust, y la tarea paralela de Menéndez y Pelayo, se exponen dos fuentes distintas en relación al famoso cuento de Don Juan Manuel. Y sin desmerecer la paciente y sabia tarea de Knust, bastó que Menéndez y Pelayo (hacia 1905 en la cima de la fama), bastó —repito— que él hablara de las *Cuarenta mañanas y las cuarenta noches*, para que se aceptara, sin más ni más, su dictamen. Es importante hacer notar que Menéndez y Pelayo destaca su "descubrimiento" sin dar otros datos o noticias acerca de este "libro árabe". Y esto es lo que escribe el polígrafo santanderino:

[...] la novela fantástica a la par que doctrinal, del mágico de Toledo, que es por ventura la mejor de la colección, que encuentra también en el libro árabe de las *Cuarenta mañanas y las cuarenta noches*³.

(Y lo que indica la nota a pie de página no agrega nada a la rotunda

² Ver MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, (III, ed. de Buenos Aires, 1945, pp. 363-368).

³ Ver MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Orígenes de la novela*, NBAE, 1, ed. de Madrid, 1905.

afirmación del texto). Al mismo tiempo, es bueno señalar que en ninguna otra parte de esta obra, como en ninguna otra obra suya, vuelve Menéndez y Pelayo a mencionar el libro de las *Cuarenta mañanas y las cuarenta noches*.

Después del polígrafo santanderino, como he dicho, lo corriente fue aceptar tanto la existencia de dicha colección árabe como el papel germinal de dicho texto, en ocasiones con la compañía de las obras latinas medievales de la tradición dominica. Eso es lo que, por ejemplo, comprobamos en estudios y ediciones de F. J. Sánchez Cantón, A. Giménez Soler, Eduardo Juliá, Juan Loveluck, A. González Palencia, Jorge Luis Borges...⁴. Pero ya en estudios y en ediciones más recientes (María Rosa Lida, José Manuel Blecua, Germán Orduna) si no de manera rotunda, es visible la resistencia en aceptar que alguna vez existió un misterioso texto conocido con el título de las *Cuarenta mañanas y las cuarenta noches*. O, como dice María Rosa Lida, "este problemático libro árabe". Y, más detalladamente:

Pero aún si se postula la realidad de este problemático libro árabe, parece poco probable que figurando el relato en el *Promptuarium Exemplarium* de Hérolt, en el *Speculum Moralis* atribuido a Vincent de Beauvais...[etc], don Juan Manuel pospusiese todas las colecciones dominicanas al libro árabe...⁵.

⁴ Cf. F. J. Sánchez Cantón nota a DON JUAN MANUEL, *El Conde Lucanor*, ed. de Madrid, 1921, p. 74; A. GIMÉNEZ SOLER, *Don Juan Manuel. Biografía y estudio crítico*, Zaragoza, 1932, p. 197; EDUARDO JULIÁ, Introducción a DON JUAN MANUEL, *El Conde Lucanor*, ed. de Madrid, 1933, p. XI; A. GONZÁLEZ PALENCIA, *Historia de la literatura árabe andaluza*, Barcelona, 1928, p. 313; JORGE LUIS BORGES, *El brujo postergado*, nota (en *Historia universal de la infamia*, 1ª ed., Buenos Aires, 1954); ver ed. de Madrid, 1981, p. 125; Juan Loveluck, nota a su edición DON JUAN MANUEL, *El Conde Lucanor*, Santiago de Chile, 1956, p. 40... En mi caso, si bien repetía el dato, señalaba la "imposibilidad" de precisar el cotejo de los textos (ver *Literatura española*, Tucumán, 1971, p. 43).

⁵ Ver MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL, "Tres notas sobre Don Juan Manuel", en *Estudios de literatura española y comparada*, Buenos Aires, 1966, p. 97. Ver también JOSÉ MANUEL BLECUA, ed. de Don Juan Manuel, *El Conde Lucanor*, Madrid, 1969, p. 93; GERMÁN ORDUNA, nota a su ed. de Don Juan Manuel, *Libro del Conde Lucanor et de Patronio*, Buenos Aires, 1972, p. 101.

En este delicado problema de fuentes literarias, aunque tampoco avancemos mucho con lo que ella nos dice, lo que resalta realmente es que si no se atreve a negar categóricamente que ese libro árabe *no existió*, sí demuestra que nunca conoció ese problemático texto. ¿Por qué no lo afirma de manera más directa? Quizás estuvo frenada por sus propias observaciones, hechas con severidad, al analizar ciertos datos del sabio santanderino. En fin, no creo que convenga extenderme más en este nebuloso problema.

De todo lo expuesto, queda en claro lo siguiente:

- 1) Menéndez y Pelayo propone una fuente árabe para el apólogo de *Don Illán*, pero no nos dice dónde se encuentra dicho libro de las *Cuarenta mañanas y cuarenta noches*, ni da tampoco mayores noticias de su contenido. De inmediato, su afirmación es acogida sin mayores comentarios.
- 2) Los que se inclinan por las fuentes medievales latinas apuntadas por Knust, con anterioridad a la propuesta por Menéndez y Pelayo, también se deciden por ellas con igual convicción, y con el resguardo que la autoridad del crítico merece.
- 3) Es bastante corriente, asimismo, reunir como precedente común, las fuentes latinas y el libro árabe. Por descontado, como simples nombres enumerativos y que no responden a un cotejo detallado.
- 4) En fin, puede agregarse, como tendencia más reciente, la de poner en duda, más bien con cautela, la existencia del texto árabe propuesto por Menéndez y Pelayo. Y dentro de esta dirección, si bien de manera más directa, deben entenderse estos párrafos.

Menéndez y Pelayo y la superchería

En principio, no resulta muy coherente con su fama de investigador severo y crítico de ideales clasicistas, mencionar al fecundo autor santanderino como representante de los amaños y juegos literarios en las letras hispánicas. De paso, aunque es tema no tratado con frecuencia en los repertorios bibliográficos, me parece bueno

señalar que el procedimiento de la superchería ofrece un rico material en las obras en lengua española, tanto en la península como en América.

Lo que también ocurre es que —como digo— no suele incluirse el nombre de nuestro crítico en el grupo particular de esos autores. En fin, si tomamos como posiciones extremas dos juicios tan opuestos como aquellos que representan, valga el ejemplo, dos escritores tan disímiles como André Gide (celoso censor de las citas inexactas y los amaños), por un lado, y Goethe (amable ensalzador de las trasgresiones y los juegos imaginativos), por otro lado, un dictamen general se inclinaría abiertamente por situar a Menéndez y Pelayo más cerca del primero que del segundo.

Por mi parte, no pretendo corregir de manera total esta ubicación, y sólo aspiro a mostrar que, en el caso especial que ejemplifica el libro de las *Cuarenta mañanas y las cuarenta noches*, Menéndez y Pelayo rompe esa esquemática división. Ahora bien, como no concibo que el propio crítico santanderino es el autor consciente del amaño (como lo fueron, en su siglo, autores de reconocida habilidad en estos ejercicios: Agustín Durán, Bartolomé José Gallardo, Adolfo de Castro, Estébanez Calderón, García Arrieta...), repito, como no concibo esa ubicación para nuestro crítico, sólo cabe pensar que se trata de una falsificación de mano ajena, que Menéndez y Pelayo aceptó de buena fe. De buena fe, aunque la brevedad y lo aislado de la noticia (muy breve para la importancia que él le concede) pudieron impulsarlo a aceptar ese dichoso texto árabe. Por descontado, no se me escapa que entro en una zona de tierras movedizas y de riesgos imprevisibles, si bien pienso también que, a falta de otros datos, tienen aquí algún peso los fundamentos que he enunciado. Y, en fin, que no pretendo mostrar al problema totalmente resuelto, y sí como un apasionante juego de identificaciones, en el cual la presencia protagónica de Menéndez y Pelayo le concede un especial atractivo, nada común precisamente por tratarse de él.

Jorge Luis Borges, siempre ávido de recursos literarios no muy comunes, y cultor frecuente de estos juegos que suelen unir ingenio y poesía (pienso, claro, en las buenas ofrendas) escribió en la utopía que lleva el nombre de *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* lo siguiente:

La crítica suele inventar autores: elige dos obras disímiles —el Tao Te King y las 1001 Noches, digamos— las atribuye a un mismo escritor y luego determina con probidad la psicología de ese interesante *homme de lettres*...⁶.

De más está decir que Borges no pretende encerrar todos los tipos de superchería en esta escueta referencia que, eso sí, corresponde a uno de los procedimientos más utilizados. Por otra parte, es el que da la base de la elaboración de su relato. Sería infantil pretender aplicar este comentario a un problema tan disímil como es el que nos plantea el libro de las *Cuarenta mañanas y las cuarenta noches* en relación al cuento de *Don Illán*. En fin, ya que acabo de mencionar el nombre de Borges, me parece apropiado terminar estos párrafos con una cita que tiene una relación más directa con el tema tratado.

Como sabemos, Borges escribió, como una de las muchas derivaciones del cuento de *Don Illán* el breve relato titulado *El brujo postergado*. Y le agregé como comentario final la siguiente nota:

Del *Libro de Patronio* del Infante Don Juan Manuel, que lo derivó del libro árabe: *Las cuarenta mañanas y las cuarenta noches*⁷.

Por supuesto, no hace falta aclarar de dónde saca Borges el dato del cuento del libro árabe. No fue ésta la única vez que Borges sacó noticias del polígrafo santanderino, particularmente vinculadas a textos medievales y orientales, a veces sin fijar el origen del préstamo, y a veces con algunos toques irónicos...

⁶ Cf. JORGE LUIS BORGES, "Plón, Uqbar, Orbis Tertius" en *El jardín de los senderos que se bifurcan*, Buenos Aires, 1941, p. 26.

⁷ Ver JORGE LUIS BORGES, *El brujo postergado* (comentario final), en *Historia universal de la infamia*, ed. citada, p. 125. Sobre Borges y Menéndez y Pelayo, aunque esta aproximación parezca en principio no muy coherente, creo que puedo agregar ahora algunos datos curiosos a mi recuento publicado hace años sobre "Menéndez y Pelayo y la cultura argentina" (*Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XXI, Buenos Aires, 1956, pp. 272-314).

Termino. Y me parece apropiado dar fin a estas páginas reiterando el lugar especial de Menéndez y Pelayo —en lo que yo sospecho— dentro de la superchería en las letras españolas. Papel especial, ya que estamos acostumbrados a considerarlo como severo "desfacedor" de errores y falsificaciones, y no como dócil trasmisor de ellos.

Emilio Carilla